



## Tiempos modernos

1. *«Ganarás el pan con el sudor de tu frente»*. La modernidad consagró definitivamente este principio cristiano. Todavía hoy parece no aceptarse otro modo de vida que el que deriva de la sentencia bíblica. El que no trabaja no tiene derecho a exigir. No hay dignidad que no venga avalada por el trabajo.

El trabajo ha sido, especialmente en los dos últimos siglos, un factor determinante en el «estar» del hombre en el mundo. A partir del trabajo se ha estructurado la actividad social (la producción y el ocio, los modos de interpretar el mundo –ideologías– y la conflictividad social básica). Sobre el trabajo se ha organizado la distribución de la riqueza. Sobre el trabajo se ha construido el sistema de sentido y significaciones necesario para transitar por la vida. Fue la revolución industrial que sentó las bases de la modernidad la que elevó el trabajo a categoría ética. Trabajar estaba bien, no trabajar estaba mal. Así se pretendía hacer aceptar a la ciudadanía la renuncia a los modos de trabajo propios de la cultura artesanal para incorporarse –por las buenas o por las malas– al proceso de producción industrial. Los reformistas de principios del XIX establecieron las normas y criterios –incluso los modelos arquitectónicos (el panopticon de Bentham)– que, por la vía del control de tiempo y la fijación en un lugar, aseguraban la optimización del uso del hombre como fuerza de trabajo, su incorporación a la rueda de la producción. Frente a la lógica de la explotación y de la sumisión que imponía la ética del trabajo se fue desarrollando una cultura de respuesta, la cultura obrera.

La ruptura que dio pasó a la sociedad industrial fue enormemente costosa. Pero con el tiempo esta nueva forma de trabajo, una vez consolidada, se convirtió en motor de sentido y de presencia en el mundo. Ahora este paradigma suavizado por la fuerza de los conflictos sociales entra en mutación. Entramos en una nueva era que apunta a cambios fundamentales; El trabajo sigue siendo la referencia, pero como ha dicho Bauman la carta de ciudadanía ya no la da tanto el trabajo como el consumo. La nueva tecnología optimiza la capacidad de producción. En las sociedades avanzadas la mano de obra es más prescindible. El que no sigue queda condenado a la marginación. La sociedad se dualiza bajo la presión del proceso de globalización. Otra vez algunas voces lloran el mundo del trabajo que se pierde y hacen doblar las campanas por la crisis de sentido que acompaña el cambio de época. Pero la transformación sigue. Sin la radicalidad de quienes vehiculan la ideología del «fin del trabajo», pero con un ritmo constante. Hasta estabilizar un nuevo estadio, con otra significación del trabajo, quizás con una menor centralidad en la vida social. De ser así, la tercera ola significaría realmente una de las mayores rupturas de la humanidad.

Al presentar una exposición sobre el trabajo desde la perspectiva de las culturas que en torno a él se han construido queremos: a) señalar la centralidad social del trabajo durante su larga e intensa aventura, y b) reflexionar sobre los horizontes de transformación que un cambio en el paradigma trabajo apunta.

2. *Podemos hablar de cultura del trabajo en tres sentidos: organizativo, simbólico y socializador.*

a) *La cultura de la organización del trabajo.* Toda realidad social genera sus mecanismos organizativos. Para que el trabajo sea efectivo se han desarrollado una serie de técnicas de maximización del rendimiento, de encuadramiento de los trabajadores y de estructuración de los

procesos de producción. Es el nivel más inmediato de la cultura del trabajo. Naturalmente todas estas técnicas de utilización de los utensilios de producción y de optimización del rendimiento de la fuerza de trabajo han provocado discursos de refuerzo y de reacción. La cultura de la organización del trabajo concierne a sus técnicas de desarrollo pero también a los modos (ya los discursos) en torno a los cuales se han organizado empresarios y trabajadores. La cultura del trabajo es en este sentido también la cultura de la conflictividad social. Si, como ha escrito Jacques Lessourne, «con la revolución industrial, el hombre se ha dotado de prótesis para los brazos, con las tecnologías de la información y de la comunicación se ha dotado de prótesis para el cerebro», estos cambios se traducirán –se están traduciendo ya– en cambios no sólo en las técnicas del trabajo sino también en los modos de la conflictividad social.

b) *El trabajo y lo simbólico.* El papel determinante del trabajo en la sociedad ha hecho que su capacidad de generar cultura alcanzase también el terreno de lo simbólico. Desde la arquitectura del trabajo –donde lo eficiente conjuga con el poder y la forma– hasta las artes plásticas o el cine, el trabajo es un tema recurrente en la cultura. De la exaltación del trabajo a la crítica de las condiciones de explotación, pasando por la fascinación por lo tecnológico o la figura del trabajador, las vanguardias artísticas han transitado a menudo a través de una cuestión que ha jugado un papel definitivo en la determinación de lo que se puede pensar en la sociedad industrial. Al fin y al cabo en todas las ideologías el trabajo opera como un factor de redención: de redención moral, de redención económica o de redención social.

c) *El trabajo y las mentalidades.* Una característica de la sociedad industrial es que el trabajo opera como principal factor de socialización. Fuera del trabajo sólo hay la marginación, una amenaza que actúa psicológicamente sobre el trabajador y económicamente para el mantenimiento de los salarios a la baja. El trabajo ha penetrado las mentalidades y ha sido durante mucho tiempo el principal factor de identidad del ciudadano. Cuando se le pregunta a alguien: «¿y tú qué eres?», la respuesta que se espera –y que casi siempre se da– es aquello en lo que trabaja. Y, sin embargo, las restricciones del mercado de trabajo y las perspectivas de un trabajo futuro en función de una mayor movilidad y polivalencia (flexibilidad laboral es la expresión de moda) anuncia cambios que concernirán también al ámbito de las mentalidades. ¿Dejará de tener el trabajo el carácter de fundamento antropológico que ha tenido en cierto modo desde la expulsión del paraíso pero especialmente desde la Revolución Industrial? ¿Puede el hombre conseguir su verdadera emancipación: el triunfo sobre el castigo divino?

3. *Toda gran mutación lleva acompañamiento ideológico.* Lo que determina el cambio es la tecnología, que permite hacer mucho más con mucha menos gente. La tecnología telemática –con Internet como símbolo– afecta directamente además a la organización y a las posibilidades de autonomización del trabajo. La nueva utopía capitalista nos habla de un nuevo estilo de trabajo basado en la flexibilidad laboral, la formación permanente, el cambio constante de tareas, la fragmentación en equipos más reducidos y autónomos, la corresponsabilización y una alta creatividad. De todo ello hay en estos tiempos, en que parece como si la riqueza y la felicidad estuvieran en la pantalla del ordenador.

El consumidor (nueva estrella social), dicen, tiene la palabra. La pirámide se invierte: es el comprador el que decide. La quintaesencia de esta fantasía ideológica viene expresada por un estallido poético del economista liberal español Pedro Schwartz que dice que el capitalismo premia «el acierto en

satisfacer a nuestros semejantes, en crear valor descubriendo lo que están dispuestos a comprar». Ni que el capitalismo fuera la orden de la madre Teresa de Calcuta. Cada época tiene su utopía, es la hora de las utopías neocapitalistas. El trabajo cambia, ciertamente, pero la experiencia demuestra que todavía hay más promesa que realidad. El teletrabajo sigue coexistiendo con viejas estructuras empresariales. Y el proceso de globalización es todavía una banda estrecha, colocada como una faja en el mapa del mundo. De modo que en el planeta se encuentran en este momento las formas más primitivas y las formas más avanzadas del trabajo. Habrá que ver qué dinámica impone la globalización: la modernización generalizada del planeta o la división cada vez más profunda en dos sociedades, la emergente y la definitivamente sumergida.

El futuro del trabajo es un laberinto del que todavía desconocemos la salida. Y así se expresa en la exposición. Los mensajes son a menudo contradictorios. Las experiencias presentan enormes contrastes. Esta exposición trata de relatar la aventura reciente del trabajo, estar atenta a las mutaciones que llegan y expresa la confianza de que efectivamente la humanidad encuentre los dispositivos técnicos necesarios para liberarse del castigo del trabajo y hacer de él una actividad creativa y liberadora más. Pero es una ilusión, no una promesa.

4. *El protagonista de la exposición es el trabajador.* Puede que un día le reemplacen las máquinas en muchas de sus tareas, especialmente las más pesadas. Pero hoy sigue siendo todavía el protagonista del trabajo, aunque como clase se haya diluido en la medida en que la realidad social se ha hecho más compleja, lejos de la estricta división entre empresarios y trabajadores o, para decirlo conforme a los cánones del marxismo, entre propietarios de los medios de producción y fuerza de trabajo. Durante casi dos siglos el trabajador, a través de sus organizaciones, representó la promesa de cambio radical en la sociedad. El fracaso de la propuesta de máximos –el comunismo– que derivó en el totalitarismo propio de cualquier proyecto que parte del principio de que todo es posible, no debe hacer olvidar las extraordinarias conquistas sociales que la presión de la clase obrera consiguió. Pero esta etapa de la aventura acabó. Ya no hay una imagen dominante del trabajador. La diversidad social de los trabajadores es enorme, sus intereses no siempre coinciden. Y siempre queda la sombra de los que no tienen trabajo y, por ello, a menudo ni siquiera voz. En las sociedades avanzadas –donde se cuece la sociedad red– todo es muy distinto del momento álgido de la modernidad industrial. Lo que no impide que en otras partes del planeta –o en bolsas dentro de las propias sociedades avanzadas– se den situaciones propias de los peores momentos de la acumulación de capital e incluso de tiempos premodernos.

El test del trabajo en la llamada «nueva economía» lo dará precisamente la figura del trabajador. Si realmente las nuevas prótesis tecnológicas le permiten ganar en autonomía y libertad habremos avanzado. Pero nada está decidido de antemano. La sociedad de la indiferencia y la sumisión es una amenaza no desdeñable, si se mantiene la lucha por la competitividad y la productividad como cruzada nacional –o supranacional– para mantener confundidos el yo y el nosotros. Lo decía el poeta Raymond Queneau: el fin de la sociedad es el bienestar de los hombres y no el cumplimiento inexorable de las leyes de la economía. Este debería ser el sendero por el que la aventura del trabajo podría encontrar un final feliz.